

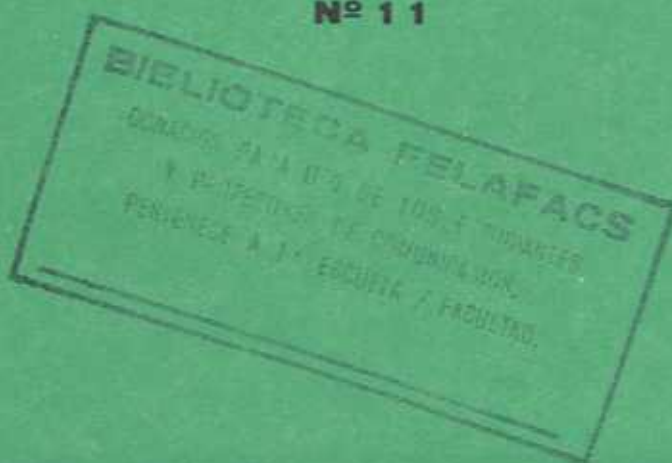
# DIA • LOGOS

DE LA COMUNICACION

La otra parte del problema  
**UNA INTRODUCCION AL ESTUDIO DE LAS  
NECESIDADES DE LOS RECEPTORES**

**Enrique Guinsberg**

**Nº 11**



PUBLICACION  
DE LA FEDERACION LATINOAMERICANA  
DE ASOCIACIONES  
DE FACULTADES  
DE COMUNICACION SOCIAL  
FELAFACS -

**La Otra Parte del Problema.  
UNA INTRODUCCION AL ESTUDIO DE LAS NECESIDADES DE LOS  
RECEPTORES**

**ENRIQUE GUINSBERG**

**CUADERNOS N° 11**

**NOVIEMBRE DE 1990**

En un libro aparecido a comienzos de 1986(1) se estudió el papel de los medios - considerados como las instituciones ideologizadoras hegemónicas del presente- en el proceso de construcción del modelo de Hombre Necesario ò Sujeto Social que todas las estructuras sociales requieren para su mantenimiento y reproducción.

Con marcos teóricos fundamentalmente, aunque no exclusivamente, marxistas (para la comprensión de los medios como expresiones sociales) y psicoanalítico (para el análisis psicológico) -ambos entendidos en perspectivas abiertas y no dogmáticas- se busca abordar una problemática poco o nada estudiada: el rol de los medios masivos de difusión en la conformación del ya mencionado Sujeto Social (modelos específicos de Yo y Superyo, construcción de determinados sentidos de realidad, presentación de modelos identificatorios, promoción de fantasías aceptadas, planteamiento de normas de "salud" y "enfermedad mental", etc).

El presente ensayo puede ser considerado como el capítulo que faltaba a tal libro, y también se trata de una problemática poco estudiada (aunque existen intentos con tendencias psicologistas: ahora se trata de ver la otra parte de la relación dialéctica, es decir qué es lo que posibilita que los propósitos de los emisores puedan cumplirse, o sea que es lo que permite que la aceptación de tales mensajes sea positiva por parte de los receptores, incluso cuando los mismos son opuestos o antagónicos a sus propios intereses objetivos. Una gran parte de quienes formulan o plantean una especie de "teoría de la manipulación" parecen partir de una comprensión del hombre como si fuera una "tabula rasa", que no nace en nada propio y es construido como si fuese un material moldeable por quienes operan sobre él. Tal idea, de signo conductista aunque no exclusivo de esta corriente, no es para nada compartida en el presente trabajo.

En contraposición a ella se intentará una aproximación a partir del marco teórico psicoanalítico, siempre desde la ya apuntada perspectiva no dogmática, y en relación con una visión social que constantemente está presente en la obra de Freud, aunque ésta sea no pocas veces muy discutible o poco explícita en sus sentidos concretos. Para este acercamiento se utilizarán básicamente sus

obras llamadas "sociológicas" -porque estudian problemas sociales y no porque en otras esté ausente una visión social o la de realidad- aunque nunca hacen referencia específica a los Medios pero igualmente se considera que muchas de sus observaciones resultan pertinentes para ellos: no por transposiciones mecánicas sino vistas desde la concepción general de su marco teórico. Al tratarse de una primera aproximación resulta evidente que el análisis presente requiere de una elaboración mucho más elaborada y profunda, no siendo nada más que una especie de borrador inicial para iniciar una discusión.

Una forma de comienzo es partir de una afirmación de Freud que resulta muy clara: "(El psicoanálisis) parte de la representación básica de que la principal función del mecanismo anímico es aligerar a la criatura de las tensiones que le producen sus necesidades. Un tramo de esa tarea es solucionable por vía de satisfacción, que uno le arranca al mundo exterior; para este fin se requiere el gobierno sobre el mundo real. A otra parte de estas necesidades -entre ellas, esencialmente, ciertas aspiraciones afectivas-, la realidad por regla general les deniega la satisfacción. De aquí se sigue un segundo tramo de aquella tarea: procurar una tramitación de otra índole a las aspiraciones insatisfechas. Toda historia de la cultura no hace sino mostrar los caminos que los seres humanos han emprendido para esta ligazón de sus deseos insatisfechos, bajo las condiciones cambiantes, y alteradas por el progreso técnico, de permisión y de negación por la realidad" (2).

De ella se pueden sacar muy ricas observaciones, la primera de las cuales es la importancia que el marco social tiene para los caminos que tomarán las necesidades humanas, sobre todo las afectivas; pero también una cierta perspectiva pesimista frente a tal realidad social, donde se ven más las limitaciones por ella impuestas que sus aportes (al punto que las satisfacciones le tienen que ser "arrancadas"). Pero más allá de la discusión sobre el pesimismo freudiano, lo cierto es que en las obras que aquí se analizarán se perciben con mucha claridad aspectos de alguna manera mencionados en páginas anteriores: concretamente como el hombre es tal por vivir en sociedad. Aunque ello lo obligue a un conjunto de represiones sin las cuales la vida social no sería posible y que traen como consecuencia insatisfacciones, desplazamiento de necesidades,

conflictos psíquicos diversos, etc. El título mismo de una de sus obras "sociológicas" es representativo de esta situación: El malestar en la cultura.

Los hombres tienen, dirá Freud, necesidades -sobre todo pulsionales-, que chocarán con los imperativos y necesidades culturales, y por eso "La cultura debe ser protegida contra los individuos, y sus normas; instituciones y madamientos cumplen esa tarea; no sólo persiguen el fin de establecer cierta distribución de los bienes, sino el de conservarlos; y en verdad deben preservar de las mociones hostiles de los hombres todo cuanto sirve al dominio sobre la naturaleza y a la producción de bienes" (3). Surge así la contradicción, seguirá diciendo, que si es incuestionable el progreso humano en el control de la naturaleza, y nada indica que tal control no continuará, "no se verifica con certeza un progreso semejante en la regulación de los asuntos humanos(...) Se creería posible una regulación nueva de los vínculos entre los hombres, que cegarà las fuentes del descontento con respecto a la cultura renunciando a la compulsión y a la sofocación de lo pulsional, de suerte que los seres humanos, libres de toda discordia interior, pudieran consagrarse a producir bienes y gozarlos. Sería la Edad de Oro; pero es dudoso que ese estado sea realizable. Parece, más bien que toda cultura debe edificarse sobre una compulsión y una renuncia de lo pulsional; ni siquiera es seguro que, en caso de cesar aquella compulsión, la mayoría de los individuos estarían dispuestos a encargarse de la prestación de trabajo necesaria para obtener nuevos medios de vida. Yo creo que es preciso contar con el hecho de que en todos los seres humanos están presentes unas tendencias destructivas, vale decir, antisociales y anticulturales..." (4).

Más importante que esta última afirmación -vinculada a su segunda teoría de las pulsiones (1920) donde incluye la de "muerte" y destructiva, un aspecto discutido dentro de la propia escuela analítica- resulta evidente que es imposible un desarrollo humano con individuos que satisfacen todas sus necesidades, aunque Freud hace hincapié más en la sexual que, por sus características, es posible de ser canalizada a otras actividades (básicamente las productivas). "Lo decisivo será que se logre (y la medida en que se lo logre) -sigue diciendo, y esto tiene fundamental importancia para lo aquí estudiado- aliviar la carga que el sacrificio de lo pulsional impone a los hombres, reconciliar-

los con la que siga siendo necesaria y resarcirlos por ella" (5) ¿Cómo conseguirlo? En primera instancia reconocerá que el único camino es a través de la coersión, aunque lo que la cultura pretende es que ella sea interior y no exterior, es decir se convierte en la que vimos como supervyo:

pero en otros momentos verá los caminos por los cuales es posible el antes citado alivio para el sacrificio y como resarcirlo. Claro que todo esto con respecto a las mociones pulsionales reprimidas y no respecto a situaciones de otro tipo, donde el conservador Freud hace, aunque desde una perspectiva liberal, una llamativa denuncia. (6).

El individuo entonces está amenazada por todos lados y "la vida es difícil de soportar. La cultura de que forma parte le impone ciertas privaciones, y otra cuota de padecimiento le es deparada por los demás hombres, sea a despacho de las prescripciones culturales o a consecuencia de la imperfección de esa cultura (...) Un continuo estado de expectativa angustiada y una grave afrenta al natural narcisismo debían ser la consecuencia de tal situación. Ya sabemos cómo reacciona el individuo frente a los daños que le infieren la cultura y sus prójimos: desarrolla un grado correspondiente de resistencia a sus normas, de hostilidad a la cultura. Pero ¿cómo se defendería de los hiperpoderes de la naturaleza, del destino, que lo amenazan tanto a él como a los demás?". La cultura le dispensa de esa tarea, no cejando en su misión de preservar al hombre de la naturaleza, pero continuándola por otros medios, donde "la tarea es múltiple; el sentimiento de sí del ser humano, gravemente amenazado, pide consuelo; es preciso disipar los terrores que inspiran el mundo y la vida" (7).

Freud compara esta situación de indefensión con la que viven los niños, y concluye que por ello y por todo lo anteriormente descrito los hombres encuentran refugio en las creencias religiosas: "Misión de los dioses será ahora compensar las deficiencias y los perjuicios de la cultura, tomar en cuenta las penas que los seres humanos se influyen unos a otros en la convivencia, velar por el cumplimiento de los preceptos culturales que ellos obedecen tan mal. Se atribuirá origen divino a los preceptos culturales mismos, se los elevará sobre la sociedad humana, extendiéndoselos a la naturaleza y al acontecer universal. De ese modo se creará un tesoro de

representaciones, engendrado por la necesidad de volver soportable el desvalimiento humano y edificado sobre el material de recuerdos referidos al desvalimiento de la infancia de cada cual, y de la del género humano. Se discierne con claridad que ese patrimonio protege a los hombres en dos direcciones: de los peligros de la naturaleza y el destino, y de los perjuicios que ocasiona la propia sociedad humana” (8).

Lo anterior ha sido citado por dos motivos: el primero para indicar la situación general de los hombres, obligados reprimir sus pulsiones (en diferentes grados según las sociedades y momentos históricos), y así compelidos a buscar formas sustitutivas a ello y a las angustias que les provoca la vida social; pero en segundo lugar porque gran parte de lo señalado con respecto a las causas de las creencias religiosas es también válido para explicar la función de los Medios en nuestras sociedades actuales. Esto puede parecer una extrapolación exagerada e incluso antojadiza, y pudiera serlo de no aceptarse que existen diferencias muy grandes en muchos aspectos -las religiones cubren también otras necesidades y los Medios no provocan creencias tan fuertes, definitivas y sistematizadas, entre otras diferencias- pero esto no puede omitir que algunas de las funciones indicadas son perfectamente cubiertas por los Medios, como tratará de mostrarse luego.

Incluso Freud entiende que no puede limitarse a las religiones tal papel “después de haber discernido las doctrinas religiosas como ilusiones, se nos plantea otra pregunta: ¿no serán de parecida naturaleza otros patrimonios culturales que tenemos en alta estima y por los cuales regimos nuestras vidas?” (9)

Y menciona a otras que, por supuesto por lo ya dicho, no son los Medios, pero tampoco creencias de tipo religioso (el fundamento de las instituciones estatales, por ejemplo).

Porque en definitiva el objetivo que hace surgir tal necesidad es uno, que los Medios también cubren y que ayuda a explicar el éxito que las más de las veces tienen: “Estas que se proclaman enseñanzas (se refiere a las de la religión pero se pueden extender a otras formas) no son decantaciones de la experiencia ni resultados finales del pensar; son ilusiones, cumplimientos de los deseos más antiguos, más intensos, más urgentes de la humanidad; el secreto de su fuerza es la fuerza de estos deseos” (10).

Y si en la obra hasta ahora seguida Freud hace específico objeto de estudio a los génesis de las creencias religiosas, en otras continúa con el análisis de las insatisfacciones vistas, así como con la necesidad de los hombres de encontrar escape ante ellas. En una obra no muy posterior ( de 1930) es tal vez aún más categórico al respecto: “La vida, como nos es impuesta, resulta gravosa: nos trae hartos dolores, desengaños, tareas insolubles. Para soportarla, no podemos prescindir de calmantes. Los hay, quizá, de tres clases: poderosas distracciones, que nos hagan evaluar un poco nuestra miseria; satisfacciones sustitutivas, que la reduzcan, y sustancias embriagadoras que nos vuelvan insensibles a ellas. Algo de este tipo es indispensable” (11). Y aquí ya no es necesario aclarar que no se trata de ninguna trapolación porque de esos tres “calmantes” los dos primeros se relacionan de manera directa con los Medios, e incluso el tercero no pocas veces es igualmente válido, aunque en este caso no como narcóticos que producen modificaciones químicas sino una adición psíquica (adicción a la televisión, por ejemplo algo no raro en algunos niños, adolescentes o adultos). Tampoco es necesario mostrar que esto se dice porque, efectivamente, los Medios ofrecen tanto “poderosas distracciones” como “satisfacciones sustitutivas” para poder hacer frente a “los deseos más antiguos, más intensos, más urgentes” de los hombres.

Claro que puede decirse que los Medios han surgido y se han desarrollado en este siglo, y los hombres siempre recurrieron a la búsqueda de distracciones y satisfacciones sustitutivas; sin duda ello es cierto, pero también lo es -y se repite una afirmación freudiana ya citada- que “toda la historia de la cultura no hace sino mostrar los caminos que los seres humanos han emprendido para esta ligazón de sus deseos insatisfechos, bajo las condiciones cambiantes, y alteradas por el progreso técnico”. ‘Antes se hacía de otro modo, pero todo indica que el portentoso desarrollo que tienen los Medios electrónicos aumentará su importancia en esta tarea: por el momento no hay ninguna razón que indique lo contrario (aunque, claro, pueden surgir otros mecanismos en el futuro, que brinden más completos placeres, reales en parte o sustitutivos).

Si bien los Medios funcionan como los “calmantes” que mencionaba Freud para prácticamente todos los

aspectos de la vida actual, es interesante ver un poco más detalladamente su papel en dos grandes limitaciones de la vida pulsional. Uno, lógicamente, se vincula "a aquella orientación de la vida que sitúa al amor en el punto central, que espera toda satisfacción del hecho de amar y ser-amado". Y una visión de esto aparentemente tan sencillo muestra sus dificultades, hecho no sólo limitado a una mirada psicoanalítica: la realidad contemporánea indica que la situación actual presenta algo contrapuesto a su concreción, y mucho más si lo logrado se mide de acuerdo a las expectativas -siempre absolutas- del principio del placer. "El programa que nos impone el principio del placer -dirá Freud-, el de ser felices, es irrealizable; empero, no es lícito -más bien: no es posible- resignar los empeños por acercarse de algún modo a su cumplimiento. Para esto pueden emprenderse muy diversos caminos (...) Por ninguno de ellos podemos alcanzar todo lo que anhelamos" (12). Si esto se dice con respecto a algo tan aceptado y respetado como el amor, no hace falta demostrar que es mucho más difícil para una parte del mismo -todo lo relacionado con la sexualidad- que si bien ha logrado notorios avances de permisividad en los últimos tiempos, continúa siendo objeto de prejuicios, limitaciones y temores.

¿Acaso no es evidente que los prodigiosos éxitos de los mensajes de los Medios relacionados con el amor, los vínculos safectivos, los múltiples conflictos que surgen de éstos, y -en los últimos tiempos- la sexualidad directa, se apoyan en las necesidades de los receptores, es decir en sus propios conflictos y carencias? En tanto que los requerimientos del principio del placer nunca alcanzan su realización de manera absoluta -y la mayor parte de las veces se encuentran muy lejos de la perfección deseada- siempre se mantiene la búsqueda a través de las formas sustitutivas que hoy los Medios ofrecen en variables de todo tipo y para todas las necesidades. Por eso llegan incluso a tener éxito hasta las fantasías más increíbles y delirantes desde el punto de vista argumental: los analistas de contenidos, siempre intelectuales, buscan con la razón aquello que -sobre todo las mayorías populares y de no alto nivel cultural- buscan por necesidades afectivas e inconcientes.

El segundo aspecto al que Freud hace referencia explícita es a las necesidades agresivas de los

hombres, aunque -se repite- todo lo vinculado a su teoría de la pulsión de muerte se encuentra en fuerte polémica dentro del propio campo psicoanalítico; de cualquier manera, y más allá de tal polémica, es difícil negar la existencia de una agresión en el hombre, independientemente de que surja de una pulsión o de lo que fuere. Respecto a la misma Freud indica la dificultad de su ejercicio y la represión a la que es sometida: "La existencia de esta inclinación agresiva que podemos registrar en nosotros mismos y con derecho presuponemos en los demás es el factor que perturba nuestros vínculos con el prójimo y que compele a la cultura a realizar su gastos (de energía). A raíz de esta hostilidad primaria y recíproca de los seres humanos, la sociedad culta se encuentra bajo una permanente amenaza de disolución. El interés de la comunidad de trabajo no la mantendría cohesionada; en efecto, las pasiones que vienen de lo pulsional son más fuertes que unos intereses racionales. La cultura tiene que movilizarlo todo para poner límites a las pulsiones agresivas de los seres humanos, para sofrenar mediante formaciones psíquicas reactivas sus exteriorizaciones. De ahí el recurso a métodos destinados a impulsarlos hacia identificaciones y vínculos amorosos de meta inhibida; de ahí la limitación de la vida sexual y de ahí, también, el mandamiento ideal de amar el prójimo como a sí mismo, que en la realidad efectiva sólo se justifica por el hecho de que nada contraría más a la naturaleza humana originaria. Pero con todos sus empeños, este afán cultural no se ha conseguido gran cosa hasta ahora" (13)

La cuestión no termina aquí y se complica bastante para el individuo: Freud se pregunta de que medios se vale la cultura para volver inofensiva o erradicar la agresión, y contesta: "¿Qué le pasa para que se vuelva inocuo su gusto por la agresión ?. Algo muy asombroso que no habíamos colegiado aunque es obvio. La agresión es introyectada, interiorizada, pero en verdad reenviada a su punto de partida; vale decir: vuelta hacia el yo propio. Ahí es recogida por una parte del yo, que se contrapone al resto como superyo y entonces, como 'conciencia moral', está pronta a ejercer contra el yo la misma severidad agresiva que el yo habría satisfecho de buena gana en otros individuos, ajenos a él. Llamamos 'conciencia de culpa' a la tensión entre el superyo que se ha vuelto severo y el yo que le está sometido. Se exterioriza

como necesidad de castigo. Por consiguiente, la cultura yugula el peligroso gusto agresivo del individuo debilitándolo, desarmándolo, y vigilándolo mediante una instancia situada en su interior, como si fuera una guarnición militar en la ciudad conquistada” (14). Más adelante indicará que puede llegar a considerarse culpable quién nada haya hecho pero tuvo la intención, y no duda en “situar al sentimiento de culpa como el problema más importante del desarrollo cultural, y mostrar que el precio del progreso cultural debe pagarse con el déficit de dicha provocado por la elevación del sentimiento de culpa” (15).

Nuevamente aquí, como antes con referencia a los deseos amorosos nunca del todo satisfechos, es válido observar como gran parte de las tendencias agresivas encuentran caminos sublimatorios y catárticos -con todos los límites que se quiera- en los contenidos de violencia que siempre han existido pero que en la actualidad tienen un notorio incremento, con la preocupación que ello ocasiona a no pocos sectores sociales. Es absolutamente cierto que la causa de su existencia no responde sólo a lo señalado por Freud y el psicoanálisis -resultaría equivocado no tener en cuenta como tales contenidos también responden a las tendencias agresivas de potencias imperiales, caso concreto de la serie de “Rambo” por pero estos planteamientos deben ser considerados para estudiar en que medida las programaciones violentas se apoyan en estas necesidades y deseos. En todo caso, y una vez más, se busca canalizar estas tendencias hacia posturas ideológicas compatibles con los sistemas de dominación (caso del muy conocido odio del nazismo a los judíos, derivación hacia ellos de una agresividad surgida en otras causas).

Freud comprende también que otra técnica para evitar los sufrimientos se vale de desplazamientos (sobre todo de los libidinales), sublimándolos en actividades creativas -el arte por ejemplo- pero ello sólo es posible para un ámbito bastante reducido. ¿Qué pueden hacer entonces quienes no tienen acceso a tal posibilidad? su respuesta es: “Si ya en el procedimiento anterior (las actividades creativas) era nítido el propósito de independizarse del mundo exterior, pues uno buscaba sus satisfacciones en procesos internos, psíquicos, esos mismos rasgos cobran todavía mayor realce en el que sigue. En él se afloja aún más el nexo con la realidad; la satisfacción se obtiene con ilusiones admitidas como tales, pero sin que esta divergencia

suya respecto de la realidad efectiva arruine el goce. El ámbito de que provienen estas ilusiones es el de la vida de la fantasía; en su tiempo, cuando se consumó el desarrollo del sentido de la realidad, ella fue sustraída expresamente de las exigencias del examen de realidad y quedó destinada al cumplimiento de deseos de difícil realización” (16)

En lo anterior puede casi resumirse perfectamente el por qué del éxito de programaciones con contenidos afectivo/emocionales, violentos, etc., en definitiva siempre múltiples variaciones sobre tema similares: permiten que en ellos los receptores canalicen sus deseos y necesidades, se identifiquen para ello con los distintos protagonistas, vivan a través de ellos lo que no pueden vivir en la vida real, vean triunfar (o perder) a quienes les gustan o no. Saben que se trata de ficciones, pero eso no arruina el goce, como decía Freud; ¿cómo se entiende, de lo contrario, la tensión con que muchas veces se siguen las incidencias de una telenovela (o una serie policial, o lo que sea) cuando la experiencia indica que jamás, al menos en las programaciones para todo público, los “buenos” pierden y los “malos” triunfan? Es evidente entonces que el receptor coloca en las vicisitudes de los programas aspectos personales, que les posibilitan el cumplimiento de necesidades personales; y en este sentido resulta notorio como los Medios ofrecen material para todas las necesidades imaginables y posibles: desde expresiones del más crudo sadismo hasta su complementariedad masoquista, desde el obvio triunfo final de la mujer amorosa y sacrificada hasta las veleidades de su contraparte galante y no pocas veces con características típicamente históricas, no faltando tampoco lo que posibilita la canalización de sentimientos de culpa.

Por ello la afirmación anteriormente en el sentido de que lo que Freud asigna a las ilusiones religiosas es en gran medida válido para las ilusiones que se pueden vivir a través de los Medios: claro que las formas, el nivel de las creencias y los ritos son muy distintos, pero el objetivo en última instancia tiene similitudes por lo menos interesantes. Y mucho más cuando, tal como ocurre en México y la mayor parte de al menos los países tercermundistas, los Medios se integran con instituciones religiosas al presentar una visión del mundo -una ideología- en gran medida compartida: en valores como en la importancia que manifiestamente asignan a, por ejemplo, los viajes

papales en el caso de la Iglesia Católica. Cómo esto último incide en la "creencia" de los receptores en lo que se les brinda -más cuando a los Medios también se los ve como poseedores de una omnipotencia (compensatoria de la dependencia infantil del hombre)- es algo que debe ser estudiado y analizado con mucha atención.

Junto a lo precedentemente visto, es también interesante ver el papel de los Medios con base en un estudio anterior de Freud, en el cual precisamente aborda el problema de las masas, tema nada causal dado el momento en que fue escrito (1921). Nuevamente aquí se puede correr el peligro de transpolaciones mecánicas pero algunas observaciones allí expuestas resultan muy pertinentes para la comprensión de lo abordado, es decir los aspectos existentes en los individuos que posibilitan los efectos de los contenidos de los Medios en ellos, incluso en situaciones donde estos contenidos son antagónicos con los intereses -sociales, políticos, económicos- de los propios receptores.

Por lo pronto surge una diferencia inicial: Freud analiza a las masas sobre todo como multitud y con la presencia de un caudillo o jefe, mientras que para nuestro caso se trata de una situación donde ambas cosas cambian o al menos tienen unas características cualitativas diferentes. En efecto, las masas receptoras de los Medios no se vinculan físicamente entre sí como las masas presentes en una misma plaza, por ejemplo -cuando una parte del público concurre a un auditorio radial o televisivo, su magnitud cuantitativa es muy inferior a la que recibe la programación, aunque puede pensarse que aquella es representativa de ésta-, y tampoco los Medios tiene jefes o caudillos al estilo de los grandes líderes de masas de la historia. Sin embargo, estas diferencias no quitan el sentido de masa a la audiencia de los Medios- muy superior en número a la que puede reunirse en una plaza o estadio- o de líder a muchos personajes seguidos o respetados por la audiencia. En todo caso se trata de comprender como en el presente debe cambiarse el sentido tradicional de masa para ver que forma adopta ahora.

Sin embargo, la definición de Gustavo Le Bon que Freud acepta en general es válida para las masas de los Medios: "He aquí el rasgo más notable de una masa psicológica: cualesquiera que sean los individuos que la componen y por diversos o semejantes que puedan ser su modo de vida, sus ocupaciones, su carácter o su

inteligencia, el mero hecho de hallarse transformados en una masa los dota de una especie de alma colectiva en virtud de la cual sienten, piensan y actúan de manera enteramente distinta de como sentiría, pensaría y actuaría cada uno de ellos en forma aislada. Hay ideas y sentimientos que sólo emergen o se convierten en actos en los individuos ligados a masas" (17). Al respecto ya muchos estudiosos de los Medios han señalado como estos son actualmente el factor más importante de cohesión colectiva de una sociedad (en importante medida han hecho que pueda hablarse de una "masa dispersa" físicamente pero no psicológicamente).

El objetivo de Freud en este trabajo es útil para lo buscado en este trabajo: "Nuestro interés consiste en hallar la explicación psicológica de ese cambio anímico que los individuos sufren en la masa". Y señalará un conjunto de necesidades que lo posibilitan. Entre ellas menciona:

- "No bastaría con decir que el individuo, al entrar en la masa, queda sometido a condiciones que le permiten hechar por tierra las represiones de sus mociones pulsionales inconcientes" (Pág.71). Y posteriormente señalará como "en obediencia a la nueva autoridad es lícito rescindir la anterior 'conciencia moral' y entregarse a los halagos de la ganancia de placer que uno de seguro alcanzará cancelando sus inhibiciones. En definitiva, no es tan asombroso, pues, que los individuos de la masa hagan o aprueben cosas a las que habrían dado la espalda en su vida ordinaria" (pág.81). Para el caso de la masa receptora esto es válido: sea aprobado acciones (políticas o morales, por ejemplo) o viviendo, como ya se dijo, en la fantasía la ruptura de las inhibiciones.

- Pero para posibilitar eso es necesaria la existencia de un conductor, que debe reunir un conjunto de propiedades que le permitan tal rol: entre ellas la de estar fascinado por su creencia, así como captar las necesidades de aquellos a quienes llega y tener capacidad para influenciar a través de saber como actuar ante ellas. En definitiva el clásico papel de los conductores en la historia, que se asumen un rol paternal seguido por masas que necesitan del mismo para defensa de sus "intereses". Nuevamente surge aquí la discusión de si corresponde este término para los Medios, y al respecto valen dos observaciones: 1) de aceptarse que los Medios tienen un carácter hegemónico en el presente, tiene que entenderse que



ese papel de conductor lo asumen de una manera distinta a la clásica, incluso más allá de figuras concretas: lo son como institución en sí, y, con mayor razón, cuando uno de ellos ya específico (un diario o revista o radio) mantiene una coherencia interna de tipo ideológico; 2) lo anterior no excluye la existencia de conductores personalizados dentro de la totalidad institucional mencionada -todo lo contrario- que aumentan el fenómeno; mucho se ha escrito al respecto y en México es comprobado con varios miembros de Televisa que actúan como verdaderos líderes de opinión.

Tales son algunas de las necesidades, pero ¿cómo es posible actuar sobre ellas?; ¿qué mecanismos están presentes en ese proceso? Freud señalará varias: acepta la existencia de una sugestión, pero considera que ésta se produce por la existencia de vínculos afectivos en el alma colectiva, o sea que también se aplica "al esclarecimiento de la psicología de las masas el concepto de libido, que tan buenos servicios nos ha prestado en el estudio de las psiconeurosis" (pág.86). Y para ello utiliza su concepción de las identificaciones -ya analizado en el libro de nota 1- que se apoya en la forma más primitiva y temprana de enlace afectivo; tal identificación "puede nacer a raíz de cualquier comunidad que llegue a percibirse en una persona que no es objeto de las pulsiones sexuales; mientras más significativa sea esa comunidad, tanto más exitosa podrá ser la identificación parcial y, así, corresponder al comienzo de una nueva ligazón" (pág.101)

Esta ligazón se posibilita por un estado que Freud considera de hipnotización, situación posibilitada por la vinculación afectiva que se produce, algo así como un enamoramiento, donde "el hipnotizador ha ocupado el lugar del ideal del yo (...) El hipnotizador es el objeto único: no se repara en ningún otro además de él. Lo que él pide y asevera es vivenciado oníricamente por el yo" (Pág.108). Es interesante vincular este planteo con el igualmente expuesto por numerosos investigadores de la comunicación acerca de la hipnosis que no pocas veces se establece entre los receptores y el televisor: no una absoluta, en el sentido literal del término, pero sí algo muy aproximado, a veces incluso demasiado.

La mención a lo onírico recuerda que previamente, en la misma obra, Freud hace unas observaciones donde incluye a tal fenómeno. Con un criterio bastante

despreciativo de las masas -viendo en ellas sólo lo que entiende como negativo, sin plantear nunca lo que pueden ser sus potencialidades cuando aún sus fuerzas en transformaciones sociales- "señala que la masa es extraordinariamente influible y crédula; es acrítica, lo improbable no existe para ella. Piensa por imágenes que se evocan asociativamente unas a otras, tal como sobrevienen al individuo en los estados de libre fantaseo; ninguna instancia racional mide su acuerdo con la realidad. Los sentimientos de la masa son siempre muy simples y exaltados" (Pág.74). Pero independientemente de lo antes indicado sobre la actitud despreciativa hacia las masas, resulta evidente que muchas veces ello ocurre, y la mayor parte de las programaciones (televisivas, periodísticas, etc) pueden no resultar creíbles para un elemental análisis racional, lo que no impide su asimilación por vastos sectores. Por ello Freud vincula de inmediato tal situación -la antes expuesta- con lo que planteara en sus estudios sobre la elaboración de los sueños. '¿Debe recordarse que, hace ya bastante tiempo, se llamara a Hollywood "fábrica de sueños", definición hoy extendida a amplia parte del mundo televisivo? Podrían darse muchos más elementos demostrativos de que los efectos de los Medios se apoyan en necesidades psíquicas de los hombres -que aquellos canalizan hacia los requerimientos del marco social dominante- pero en lo expuesto aparecen los elementos centrales para una primera aproximación. Que, como fuera indicada, muestra la necesidad de una elaboración más completa.

Pero antes de terminar esta parte, es conveniente al menos citar a otros autores del campo psicoanalítico que, aunque desde distintas vertientes de ese campo, observaron la importancia de los Medios y como en ellos los niños encuentran satisfacción a sus necesidades. Una de ellas es una analista Kleiniana que en general juzga perjudiciales muchos de los efectos de la televisión -incluso productores de psicopatología como se vió en el libro de nota 1- pero entiende que la tendencia infantil a ver programas con héroes existe porque en ellos ven representadas manías, omnipotencia y omnisciencia, todos ellos mecanismos del narcisismo (18). De una manera inversa, Bruno Bettelheim estudia a los cuentos de hadas (19) a los que considera muy positivos en el proceso de socialización de los niños al encontrar éstos en ellos una forma valiosa de encauzar sus

necesidades y preocupaciones: la presencia (y resolución) de múltiples problemas, el cumplimiento de deseos, el triángulo edípico, una comprensión del mundo a través de símbolos, la presentación de fantasías sustitutivas, como poner orden en el caos de su vida, etc. Al respecto es necesario aclarar que no siempre los cuentos de hadas son idénticos a los contenidos actuales de los Medios, aunque en general estos también brindan respuestas a esos interrogantes (casi siempre sin la belleza de los primeros, y no pocas veces con una brutalidad y contenidos técnicos que aquellos no tenían). Pero por otra parte hay que considerar que Bettelheim ve a tales cuentos de hadas desde una perspectiva educativa de la personalidad, valorando sobre todo como ayudan a la adaptación de sus lectores a la sociedad en que se desarrollan, adaptación bastante acrítica pero válida para un autor adscrito a la teoría psicoanalítica del yo, justamente criticada por su postura adaptativa.

Para terminar, una última aclaración: de acuerdo a lo expuesto podría pensarse que si los contenidos de los Medios tienen efectos sobre los receptores al responder a sus necesidades más profundas, necesidades básicas de los seres humanos y no de una época o de una sociedad, cumplen una función necesaria y es adecuado que lo sigan haciendo. Hasta aquí ello puede resultar correcto, pero falta indicar al servicio de qué lo hacen: la crítica que se les formula atiende a esto último, ya que su interés es canalizar esas necesidades (o reprimirlas) para el mantenimiento del statu-quo y así eliminar toda propuesta subversiva del mismo. Esto es, aprovechar tales necesidades como una forma de control social y no para una toma de conciencia de las mismas.

## NOTAS

1. Enrique Guinsberg, Control de los medios, control del hombre. Medios masivos y formación psicosocial, Ediciones Nuevomar, México, 1986.
2. Freund, El interés por el psicoanálisis, en "Obras Completas", Amorrortu Editores, Buenos Aires, tomo XIII, p.188.
3. Freud, El porvenir de una ilusión (1927), tomo XXI, p.6.
4. Idem, p.7.
5. Idem, p.7 (Subrayado mío: E.G.).
6. Freud comprende que los oprimidos de una cultura se rebelen contra las clases privilegiadas, y terminan señalando que "huelga decir que una cultura que deja insatisfechos a un número tan grande de sus miembros y los empuja a la revuelta no tiene perspectivas de conservarse de manera duradera ni lo merece" (Idem, p.12).
7. Freud Idem, p.16.
8. Idem, p.18.
9. Idem, p.34 (subrayado mío E.G.).
10. Idem, p.30.
11. Freund, El malestar en la cultura (1930), tomo XXI, p.75.
12. Idem, p.83.
13. Idem, p.109.
14. Idem, p.119.
15. Idem, p.130.
16. Idem, p. 80 (subrayado mío : E.G.)
17. Freud, Psicología de las masas y análisis del yo, tomo XVIII, p.70.
18. Raquel Soifer, El niño y la televisión, Editorial Kapeluz, Buenos Aires, 1985. p.34.
19. Bruno Bettelheim, Psicoanálisis de los cuentos de hadas, Editorial Crítica del Grupo Grijalbo, Barcelona, 3a. ed. 1979.